

La sumisión a la excepción permanente: Debate con Antonio Valdecantos sobre el futuro de la política*

Julián Sauquillo**

“La tradición de los oprimidos nos enseña que el “estado de excepción” en que vivimos es sin duda la regla. Así que debemos llegar a una concepción de la historia que le corresponda enteramente. Entonces tendremos ya a la vista la instauración del estado real de excepción como nuestra tarea; con ello mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo. En último término, su suerte no consiste en que los adversarios salgan a su encuentro en nombre del progreso en cuanto norma histórica. El asombro porque las cosas que estamos viviendo “aún” sean posibles en el siglo XX *no* es filosófico. Y no está en el inicio de ningún tipo de conocimiento, salvo de la idea de que la historia de la que deriva es completamente insostenible”

Walter Benjamin, VIII Tesis, *Sobre el concepto de la historia* (1939, 1940).

1. El súbdito tardomoderno

No es la primera vez que Antonio Valdecantos indaga en las paradójicas raíces de la dominación tardomoderna. Tampoco es inédita la dirección dismanteladora de sus golpes argumentales contra el lenguaje y los conceptos actuales que albergan este vasallaje, rendido incluso por los más libertarios. Su anterior libro sistemático, *La clac y el apuntador. Materiales sobre la verdad, la justicia y el tiempo*¹, era una crítica acerada de esa maquinaria legislativa (moral y jurídica) que hace de toda biografía individual un itinerario culposo y sancionable. Se ocupó allí de desmontar minuciosamente esa moral ilustrada. Revelaba su modo de operar como un sistema de principios –propio de la libertad humana y no de otros animales– que anestesió el dolor, la injusticia y la muerte. Ahora prosigue este plan metódico de desvelamiento de tópicos propios de la retórica liberadora de la Ilustración, pero a través de una decidida y resuelta incursión en la política. Tanto es así que algunos de los clásicos que habitualmente le acompañaron en otras indagaciones morales –Aristóteles, Kant,

* Este trabajo es una discusión con el libro de Antonio Valdecantos, *La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo*, Madrid, Díaz & Pons Editores, 2014. El debate fue sostenido con la profesora Ana Carrasco Conde y el autor, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense en un Seminario dirigido por el profesor José Luis Villacañas Berlanga, en marzo de 2015.

** Universidad Autónoma de Madrid
julian.sauquillo@uam.es

¹ A. Valdecantos, *La clac y el apuntador. Materiales sobre la verdad, la justicia y el tiempo*, Madrid, Abada, 2011.

Wittgenstein, Weber, ... – dejan paso a las referencias políticas, y también jurídicas, a Bodino, Reinach, Schmitt, Arendt, Foucault y Benjamin.

Letras e imágenes van entrelazadas en este libro. El texto viene insertado por una serie de ocho ilustraciones fotográficas de signo social que van desde el “potlatch” como ceremonia primitiva de conversión de los bienes en prestigio a los sortilegios y representaciones del poder (Edipo Rey). La serie de imágenes es inquietante. La de Göring, salpicado de sangre como verdugo del Tercer Reich, con el Reichstag a sus espaldas ardiendo, conmociona. Pero también conmueve la secuencia de ocho imágenes de un hombre desvelado en su cama –podríamos ser cualquiera de nosotros– que acaba por dar la espalda al fotógrafo. De todas ellas, las más asimilables me parecen aquellas referidas a protestas encuadradas en la historia: ya sea de una barricada en la Comuna de París de 1871, de la revolución húngara en 1956 con Stalin a los pies de los manifestantes, o de la multitud observando grabaciones televisivas de la brutalidad policial en la Praga de 1989. El “Protégeme de lo que quiero” de una fachada (“*Protect me from what I want*”), el potlatch Kwakwaka’wakw (1914) de aspecto goyesco, o el lecho vulgar del insomnio conmueven más que las contestatarias. Contraste que me hace pensar en el telón de fondo que rodea a *La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo*: la conversión de la protesta en un cómodo lugar común que requiere mayor mordiente para entender nuestro presente. Quizás, por ello, Valdecantos haya indagado aquí más en los aspectos cavernosos y menos olímpicos de la situación del siervo tardomoderno. Su indagación es plenamente original pues los más críticos se obnubilaron con una “excepción permanente” totalmente política. No vieron que la excepción permanente tiene fundamental forma económica en la tardomodernidad. Además, fueron incapaces de apuntar alguna contestación que no acabara por reforzar su presencia real². La propuesta práctica más evidente de Valdecantos para atisbar alguna luz en estos tiempos tenebrosos es no tomarse en serio, burlarse incluso, de las sandeces que oímos sobre nuestra supuesta liberación. Saber entrecomillar tantas y tan falsas palabras “liberadoras” como propias de un discurso ajeno que no nos incumbe. Entrecomillar para objetivar las palabras y dejarlas fuera. Quien desee liberarse debe conocer muy bien la lista de “keywords” del súbdito tardomoderno que no debieran pronunciarse como propias ni paródicamente, ni en broma. Porque, no cabe duda, la repetición de esta tónica emancipadora convierte en crédulos a los más escépticos.

La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo irrumpe en un debate sumamente actual pues se da hoy una mitificación de la capacidad creativa de “poder constituyente” y “estado de excepción” como conceptos límites del derecho. Tanto la derecha como la izquierda salvíficas exaltan la necesaria renovación y novedad de las formas políticas frente a la gris y mortecina normalidad política. Nada le es más ajeno a Valdecantos que esa confianza deportiva de muchos en que los sistemas políticos, y sus formas jurídicas, tengan que verse sometidos a un test continuo de estrés por su renovación y rejuvenecimiento. Pero este aprecio actual de la novedad y la renovación no es más que un síntoma de los tiempos presentes, claro está, que, en su libro, corrobora una concepción totalitaria del tiempo que viene de lejos. El libro de Valdecantos pudo inspirarse en los ecos de las dieciocho tesis de Walter Benjamin plasmadas en “Sobre el concepto de la historia”. Por encima de la reflexión extraída de la tesis VIII sobre el carácter

² S. Žižek, “¿Estado de excepción permanente?”, *El País*, miércoles, 20 de septiembre de 2006.

fascista del “estado de excepción” convertido en regla autoritaria, planea, en *La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo*, un retorno a la filosofía de la historia de Walter Benjamin. La ironía con que es tratado el “materialismo histórico” –capaz de ganar siempre la partida porque continuamente hace trampa– sobrevuela en estas páginas de Antonio Valdecantos. Quizás porque el prestigio concedido a la idea de progreso histórico como idea regulativa mal se compadece con un vistazo rápido a los terrores de la historia. “Aún” más se asombraría Benjamin de ver los desmanes y atrocidades del siglo XXI sin corregir desde el pasado XX. Al *Angelus Novus* de Klee y de Benjamin le sigue horrorizando no poder parar la historia y enmendarla tras tanto desagravio y entuerto. Por más que la representación del Angel joven descansa ya en un museo y no en la ajetreada maleta de Benjamin. Este ser angélico sigue siendo el único juicioso pues los principales actores de entonces –obreristas y socialdemócratas– son proseguidos hoy por contestatarios de todo cuño –izquierdistas, regeneracionistas e indignados ciudadanos– que aprecian el progreso como una suave brisa en vez de una tempestad incontestable. Todos tenemos los ojos cegados por un huracán –el Progreso– que impide que veamos las ruinas históricas sobre las que nos asentamos. Además, el vaticinio de Benjamin se ha confirmado y la socialdemocracia entró en debacle por su conformismo político y económico. “Sobre el concepto de la historia” advierte de varios pluriseculares engaños. El más llamativo es la obcecación con que los obreros creyeron nadar con la corriente del progreso técnico que les acabaría liberando. Un positivismo rudimentario, aireado a los cuatro vientos, les perturbó la orientación. Benjamin advierte que bastó predicar un protestantismo secularizado, que adoró la capacidad del trabajo como salida de la esclavitud, para que perdieran el rumbo. Aquí coincidieron tanto el fascismo como el marxismo vulgar: vencer a la naturaleza mediante la técnica traería a todos la liberación final.

Contra el mesianismo del materialismo histórico se levanta Benjamin. Creo que también Valdecantos lo hace. La turbiedad con que el historiador recrea el pasado, los miedos que llevan a proteger la tradición para que no sea instrumento de los poderosos, la retroalimentación de la esperanza mesiánica por el horror al fascismo, y otras falsedades, son denunciadas por un Benjamin desolador. Este no confiaba en los antifascistas por varias razones: su progresismo, la sustentación en la “masa” de que hacían gala, el servilismo a los incontrolables aparatos partidistas a que se sujetaban³. Valdecantos tampoco cree que haya redentores de tanto destrozo histórico a la vista. Quizás porque no cree que exista Redención. Valdecantos confirma es diagnóstico de Walter Benjamin: toda la modernidad está atravesada por la esclavización laboral. El trabajo se convirtió en un esfuerzo que ni se paga y la protesta fragiliza, hoy, todavía más a un sujeto ya denostado por el empleador. Tiene razón Valdecantos. Como trasfondo de su agudo pesimismo, obra un descrédito del progreso histórico con dos baluartes: Walter Benjamin y Carl Schmitt. Ambos convencidos de que es falaz la confianza en un progreso indefinido de la historia. Benjamin le da a Valdecantos el eco de los oprimidos, Schmitt le alerta de una dictadura política, pero también económica: el “estado de excepción permanente”.

³ W. Benjamin, “Sobre el concepto de la historia”, *Obras*, libro 1/ vol. 2, (edición de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser; con la colaboración de Theodor W. Adorno y Gershom Scholem; edición española al cuidado de Juan Barja, Félix Duque y Fernando Guerrero; traducción de Alfredo Brotons Muñoz), Madrid, Abada Editores, 2008, pp. 303-317.

Pero veamos cómo empezó todo esto. El jurista alemán Carl Schmitt abusó partidistamente, dentro de las huestes nacionalsocialistas, al situar el “estado de excepción” en el centro de su concepto de la política. Es soberano –señalaba pomposamente– quien decreta el “estado de excepción” contra el enemigo que le cuestiona en su poder. Para conseguir tal rehabilitación feroz del poder soberano no podía haber estorbo jurídico alguno. Quebrar cualquier impedimento jurídico que limite la fuerza discrecional y arbitraria del soberano, para darse la forma política que más le convenga, no podía concluir sino en esa sombra ardiente que ilustra la portada de *La excepción permanente: el testimonio fotográfico del Incendio del Reichstag* en el Berlín de 1933. A la vista de las llamas, más hubiera valido alguna veneración de los edificios clásicos. La historia no es una superación constante y sin descanso del arrugado pasado. O se incurre en una “construcción totalitaria del tiempo”. Valdecantos lo sabe y conoce las ardidés de tanta rehabilitación de las construcciones políticas clásicas. Sin embargo, su dardo no se dirige a este totalitarismo contra parlamentario del pasado –un enemigo demasiado fácil a abatir– sino a los más sagaces críticos, partidarios de la transgresión permanente. Después de todo, el transgresor Georges Bataille –como Valdecantos señala– es muy representativo de la obnubilación transformadora de todo. Un deseo político que hizo acopio de soberanía entre la izquierda, con no menor interés que la derecha conservadora, de convertir la historia en una excepción permanente.

El filo de sus argumentos se emplea a fondo con el Proyecto Emancipador Ilustrado y todas sus secuelas y acólitos muy atractivos para las masas más ingenuas. Schmitt fue responsable de sus vinculaciones políticas –no puede ampararse en el *Benito Cereno* de Melville, como pretendió– pero, también, es dueño de sus aciertos teóricos. Y aquí la agudeza de Carl Schmitt a los fines destructivos de la retórica ilustrada no le ha podido ser ajena a Antonio Valdecantos. Una de las múltiples encarnaciones de la lucha amigo/enemigo⁴, tan presente en los liberalismos antiguo y moderno como en los totalitarismos, se levanta como léxico de bendiciones liberadoras de la Ilustración frente al malvado y esclavizador Antiguo Régimen. Los idearios de las revoluciones burguesas aparecen en la campaña publicitaria de los ilustrados como esclarecedores, dinamizadores, progresistas, revitalizantes, racionalizadores, liberadores de cadenas; mientras que la premodernidad, en aquella tópica conceptual, es un rosario de superstición, fijación estamental, oscurantismo, desigualdades y persecución sin fin. No se trataba sino de una estrategia retórica maniquea de la Ilustración para tumbar a su enemigo premoderno y erigirse triunfante sin réplica futura posible⁵. Valdecantos es tan crítico de esta maldita excepcionalidad (jurídica y económica) como debelador (schmittiano y benjaminiano) de esta orquestada exaltación de la Ilustración.

En este orden de cuestiones, el razonamiento de Valdecantos se dirige contra tres conceptos dotados de gran prestigio. “Soberanía”, “autoridad” y “emancipación” son, en su reflexión, cenagosos lugares comunes de la tópica ilustrada. Son baluartes de una dedicación compulsiva del súbdito tardomoderno por renovar constantemente el espacio y el tiempo actual. Cada tiempo tiene que ser inédito, nuevo, diferente al anterior, dentro de una lógica insaciable de novedad que lleva a la excepción a ser

⁴ J. L. Villacañas, *Poder y conflicto. Ensayos sobre Carl Schmitt*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

⁵ C. Schmitt, *El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios* (versión española de Rafael Agapito), Madrid, Alianza Editorial, 2002.

permanente y a la normalidad a considerarse un residuo indeseable. Esta agitación permanente del tiempo como si se tratara de una mejora constante de vivencias es un enredo que incapacita para construir cualquier cosa racional. Valdecantos dismantela burlonamente estos conceptos que sólo pueden ser tomados irónicamente y escritos, en rigor, entrecomilladamente. Pero el súbdito y los “políticos de la hiperactividad” se empeñan en tomarlos en serio y postular su capacidad para mejorar un pasado que no puede ser sino un jergón de despropósitos. La soberanía es considerada, por ellos, como una maquinaria constante de iniciación de acciones; la autoridad es tomada como el resorte de la conciencia individual; y la emancipación es entendida como el “valor supremo” que libera del lastre del pasado.

Una de las representaciones teóricas más conspicuas de esta agitación frenética por el cambio político que Valdecantos pone en solfa es, en mi opinión, Antonio Negri. El pensador italiano pudo obrar como telón de fondo de muchos de los dardos de Valdecantos. Negri es uno de los mayores defensores de esta excepción permanente en que parece disolverse la historia. Así lo pone de manifiesto en *El poder constituyente* (1999)⁶. Supone que el poder constituyente es una fuerza espontánea, una *cupiditas* revolucionaria o fuerza determinante en la formación de lo social. El poder constituyente sería la pasión de la multitud llevada a su sacralización como Dios viviente democrático. Quien así lo manifiesta supone que el poder constituyente crea una nueva figura del mundo, como en el libro del Génesis. El poder constituyente es la potencia de la multitud o potencia de muchos, de las singularidades y de las diferencias. La contradicción poder constituyente/poder constituido sería la amputación de lo diverso, de la creatividad de esta multitud. En el modelo atlántico, el poder constituyente, de acuerdo con esta posición, se neutraliza a partir de una mediación centralizada, la representación. Mientras que en el modelo europeo, en la revolución francesa y en la revolución socialista, el tiempo en el que se despliega el poder constituyente se pliega como constitucionalización. Thomas Hobbes y Max Weber son los artífices de este pliegue en la Constitución. En el plano de los acontecimientos históricos, la revolución francesa y la revolución socialista, con sus respectivas llamadas a acabar la revolución o emprender la revolución permanente, finalizan en el terror. La muerte ultima tanto el proceso de las revoluciones sociales como el decisionismo schmittiano del poder constituyente nacionalsocialista, regido por la definición del hombre como “ser para la muerte”. El poder constituyente es sujeto colectivo, en su opinión, antagónico con la permanencia estática y constituida en la vida constitucional. A partir de esta gigantomaquia negrista del poder constituyente como fuerza liberadora en pleno dinamismo, las descalificaciones a la política oficial por objetivar a la multitud como “vulgo”, o como animal salvaje a domesticar se suceden en pos de evitar el aislamiento de la potencia social de lo político. Se pretende conseguir una cooperación inédita capaz de proporcionar una creación y una potencia revolucionarias. El poder constituyente escaparía a las redes del poder constituido e intervendría como matriz de lo político. El poder constituyente resulta aquí la afirmación del ser, movimiento de transformación y creación de singularidades en el tiempo. La afirmación de tal capacidad creadora viene a dar al traste con las cualidades racionalizadoras que debe comprender la política. Los fenómenos de dirección, buro-

⁶ A. Negri, *El Poder Constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad* (traducción de Clara de Marco), Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1994, pp. 369-454.

cratización y gestión de la vida pública son tan imprescindibles que la estipulación de tal capacidad destructiva del poder constituyente no sólo imposibilita toda política colectiva sino que impide cualquier necesaria racionalización de la acción social en el mundo moderno. Valdecantos pudo dirigir su punto de mira tanto hacia Gilles Deleuze, el inspirador de Negri, como lo hace sobre Bataille.

En realidad, esta necesidad constante de cambios políticos sin fin no es Ilustrada. Si acaso, se trata de una degeneración de la modernidad, que Valdecantos hace bien en datar de tardomoderna. En rigor, la Ilustración vio en la Constitución política la mayor creación de la racionalidad moderna⁷. Eran los tiempos en que la pujante burguesía liberal revolucionaria era capaz de todo: sostenía la economía, la administración, los servicios, la agricultura, el comercio, la manutención, ... Todo, pero estaba preocupada, tanto más, por conseguir una forma política que reconociera su prioritaria influencia en las decisiones capitales y salir así de su relegamiento político⁸. Si el tercer estado dirigía a la nación francesa, luego vendrían más ganancias y la acumulación consiguiente de plusvalía. Vivía un “momento constituyente”, según Foucault⁹. La revolución ilustrada puede ser caracterizada como un momento de excepcionalidad política más que económica. Suponían que sólo una estabilidad política, convenientemente manejada en su favor, traería una concentración de capital. Hay una desconfianza antipopular de la Ilustración hacia el papel desestabilizador de las algaradas en la calle. Había que dar estabilidad a esta irrupción de la modernidad. Las constituciones modernas poseen una gran dificultad para su reforma que impide su continua modificación. Tras su creación, según el guión ilustrado previsto, el poder creador entraría en un estado de letargo¹⁰. La excepcionalidad que conlleva la creación constitucional quedaría relegada por una pesada normalidad, beneficiosa para los comerciantes. Sin confianza y tranquilidad no hay beneficio económico. El poder creador se despereza en momentos excepcionales que son puntuales. El adormecimiento es la regla histórica y el desvelamiento es la excepción política. Los momentos de excepcionalidad, consolidados constitucionalmente, son acontecimientos insólitos. Sin embargo, esta previsión ilustrada se vio transfigurada pronto en una necesidad de cambio político furibundo dentro de la normalidad política. Hasta el punto de que se ha visto una “obsesión constituyente”¹¹, una excepción política permanente, dentro de la Ilustración moderna. El poder político creador de formas políticas estables salió del sueño y entró en un estado de vigilia ininterrumpida. Una vigilia política que, quizás, es nada comparada con la excepcionalidad económica tardomoderna, avistada por Valdecantos. Del sueño utópico y el adormecimiento por su logro revolucionario, hemos pasado hoy a estar en vela. La economía tardomoderna nos ha sumergido en un mundo muy inquietante sin asidero alguno. Cualquier solidez política lograda –los derechos sociales, reconocidos constitucionalmente, por ejemplo– se desvanece en el libre mercado.

⁷ M. Weber, *Economía y sociedad* (nota preliminar José Medina Echevarría; traducción de José Medina Echevarría, Juan Roura Parella, Eugenio Ímaz, Eduardo García Maynez y José Ferrater Mora), México, Fondo de Cultura Económica, 1944 (4ª reimpresión 1979), pp. 639-644.

⁸ E. Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado? Ensayo sobre los privilegios* (traducción, introducción y notas de Marta Lorente Sariñena y Lidia Vázquez), Madrid, Alianza Editorial, 1989 (1ª reimpresión 1994).

⁹ M. Foucault, *Genealogía del racismo*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1992.

¹⁰ R. Maiz, *Nación y Revolución: la teoría política de Emmanuel Sieyès*, Madrid, Tecnos, 2007.

¹¹ R. Martucci, *L'ossessione costituyente. Forma di governo e costituzione nella Rivoluzione francese, 1789-1799*, Bolonia, Il Mulino, 2001.

2. El presente como única dirección

A *La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo* no le falta provocación. Ya fuera la *cupiditas* revolucionaria negrista o la transgresión batailliana, tanto frenesí transformador no es sino el correlato de las nuevas estrategias de domesticación del trabajo en la sociedad tardomoderna. Las “sociedades de dispendio”, a las que Bataille se refiere, producían desechos dispuestos al sacrificio, mientras que la sociedad tardomoderna guarda los residuos para su culto en el archivo y el museo o los recicla. Todo es residuo aprovechable en la época de la obsolescencia programada –desde los residuos domésticos a los cadáveres humanos (“plastinados” para el Museo de la Muerte de Berlín por Gunter van Hagens)– según un criterio de conservación cultural o de reutilización que tampoco dura y es reemplazado por nuevas y continuas decisiones. Bataille es para Valdecantos el eximio representante de la “distinguida clase transgresora”. Un grupo de brillantez probada que quiso transformar el mundo y sacralizó, finalmente, el presente, a la vez, que execró el futuro. Sin intención manifiesta, lejos de transformar nada, coincidieron con los mecanismos de la economía del siglo XXI. Mientras el trabajo antiguo se ejerció con lealtad y visión a largo plazo, el trabajo de la modernidad tardía se fundamenta en un tiempo totalitario sin futuro. No puede ser más ilustrativo de este trabajo del pasado, vinculante de generaciones de padres e hijos, trabajadores de la misma empresa que les dio un futuro y hoy cerró, que el documental *Vidrios rotos* (Guimaraes, 2012) de Victor Erice. Entonces, la vida del trabajador mejoraba a partir del nicho laboral dejado por sus padres. El yo laboral de hoy carece, en cambio, de destino alguno.

No le falta razón a Valdecantos al suponer el hundimiento de la ética del trabajo que Émile Durkheim postuló para la división social del trabajo. Hemos pasado del puente en disposición de ejercer una profesión de forma perfecta, y que su provecho repercute en la comunidad, al ligero “¡ponte al día!”. Sin que quepa suponer con alguna previsión con qué nueva demanda frágil e indigna del mercado laboral nos despertaremos. Si el deseo tradicionalista de Macintyre de plantar nabos como si sembrásemos según la Ciencia de la Agricultura en una comunidad que premia el trabajo perfecto era quimérico, hoy pasamos al otro extremo: nadie pretende ser estimado por un trabajo que viene siendo practicado con esmero¹². En vez de ser dueño del propio cuerpo y de lo que genere su esfuerzo con el trabajo, el individuo tardomoderno es un depósito de energías entregadas a cualquier labor provisional y con fecha de caducidad. El individuo de Locke ha desaparecido, tal como Valdecantos señala, bajo un fragmento de yo emergente que se autorrealiza supuestamente en la invención constante. Debe donarse al completo, innovarse invirtiendo en sí mismo, a sabiendas de que cobrar por su actividad es un lujo inexistente para nadie. Las páginas más críticas de Valdecantos con la desaparición del sujeto en el mundo laboral tardomoderno coinciden con la crítica foucaultiana del ordoliberalismo de Von Mises y Hayek. Una corriente neoliberal austriaca, prolongada por Friedman, que hizo del hombre tardomoderno un autoempleado que invierte continuamente en sí mismo, en vez de un individuo acuciado por la amenaza de hambre como límite antropológico.

La paradoja resaltada por Valdecantos es que este trabajo precario no es inmoral sino plenamente recreado por sus dictados moralizadores: hay que entregarse, donar-

¹² A. Macintyre, *Tras la virtud* (traducción de Amelia Valcárcel), Barcelona, Crítica, 2004.

se como empleado y cobrar es un postizo. La actividad laboral está bajo el imperio generoso del voluntariado. No sólo el voluntariado adorna el trabajo tardomoderno sino las propias subversiones que lo contestan. Reto y desafío forman parte del léxico más estimable tanto de la contestación como de la entrega laboral. Y la reinención constante de uno mismo forma parte tanto de la disposición al rechazo como del acatamiento más tenaz a estar dispuesto a todo (trabajo sin futuro). Desandar lo interiorizado y transgredirlo en otro yo por venir es un movimiento tan incierto como desaparecer entre una masa que es el nuevo objeto de control social de la biopolítica de las poblaciones. Desaparece el sujeto tanto, al fin y al cabo, en el juego imaginativo como en la pérdida de todo derecho. Un tiempo presente te ofrece vivir al día: se hipostatiza como futuro y devora cualquier pasado. El atractivo vivir al día vuelve rancia cualquier previsión construida del presente hacia el futuro. Se trata de vivir sin responsabilidades para adueñarse de uno mismo y ser soberano. Luego las instituciones te culpabilizarán de cualquier dispendio si no llegas al pago de la hipoteca. El trabajo nunca liberó y hoy menos que antes. Al maquinismo le sucedió el trabajo de la era digital: a las dieciséis horas de jornada le sustituyó la evanescencia del empleo. El trabajo forzado o la disponibilidad laboral infinita del sujeto impiden su emancipación. Valdecantos sigue el rastro de la “filosofía de la sospecha”: Marx sobre el “valor”, Freud del “inconsciente”, Nietzsche del “bien”, y él mismo de la “emancipación”.

Si hay un clásico sobre el que se han erigido sucesivas y más robustas concepciones del poder desde el siglo XVI, este es Jean Bodin. Ideó un poder absoluto con un domino tan cerrado como el familiar: todos ligados como vástagos por la pertenencia de sangre y súbditos despojados de cualquier ensoñación de sacudirse la dominación paternal (pensar en atentar contra el soberano es delito de “lexa majestad” aunque los pensamientos sean difícilmente perseguibles)¹³. Valdecantos insiste en la debilidad de cualquier supuesta soberanía. Vivimos en el mundo de la interdependencia de los poderes y de los fortalecidos ejecutores de las decisiones que se reparten el peso real de la acción. Creonte puede engalanarse de poder, investirse de todas las prendas haúlicas, pero es mera pompa y ornato de tantos poderes efectivos. Creonte es flor de un día de Edipo rey, la explicación real del poder. Aquí el recuerdo de Valdecantos a la malograda, aguda y joven Rocio Orsi es evidente¹⁴. Creonte está siempre movido, nos señala, por otros poderes. “Soberanía” no es sino el nombre espectral de un estado fantasmagórico. Sólo es soberano quien acaba su obra –constituye al Estado bajo la forma de la ley– y la contempla después (se es soberano un día y los restantes siguientes se obedece a la forma creada). Quien ejerce todos los días, en cambio, el poder es un eterno súbdito de tantos hacedores como existen en el estado de excepción permanente. Valdecantos sabe que el soberano de Schmitt no incurre en demostrar todos los días que es “soberano”. Se da una fecha para ultimar su busto de Leviathan y dejará que el desgaste y la erosión desdibujen su figura hasta que no le quede otra que declarar el monopolio de todos los oficios en la reconstrucción puntual de su efigie. Así rehabilitará su poder. Tiempo más tarde, la erosión inevitable de su efigie –no otra cosa que la guerra es el azote continuo de los vientos erosionantes– llamará a la nueva reconstrucción y evitar urgentemente, así, acabar pulverizado. Al

¹³ J. Bodin, *Les six livres de la Republique*, Paris, Fayard, 1986, pp. 341, 124, 210, 216, 230, 550 (selección, traducción e introducción de Pedro Bravo, *Los seis libros de la República*, Madrid, Aguilar, 1973).

¹⁴ R. Orsi, *El saber del error: filosofía y tragedia en Sófocles*, Madrid, Plaza y Valdés, 2008.

soberano schmittiano, del que parte Valdecantos, le incumbe saber que la guerra es permanente pero que debe dejarse en estado virtual hasta un momento apreciable como realmente singular. El soberano era tal porque acataba que había un tiempo de normalidad más dilatado que el de excepción. Por más que la normalidad le fuera dolorosa e incómoda. El soberano no era el dueño y señor de todas las guerras. Era soberano en cuanto determina una declaración de guerra y espera esta ocasión. Schmitt dejó este señuelo doctrinal sobre la soberanía estatal y el estado de excepción (político y jurídico) con el que es necesario debatirse.

3. El estado de excepción económico permanente

Hasta aquí, el estado de excepción en el periodo de entreguerras. ¿Se abrió, después, un nuevo episodio para el estado de excepción en el siglo XXI? A esta pregunta viene a contestar el pronóstico de Antonio Valdecantos. La lectura de su libro deja rastro de cuáles son las auténticas mudanzas del Leviathan. Antes, todo (el cuerpo de este anfibio teológico) era política: el estado de excepción *provisional* tenía metamorfosis jurídicas, económicas, religiosas y morales. Todo él era política y su sustancia trasmataba –tan bien reflejado en ese grabado que adquirió vida propia y aparte del libro, donde la ciudad está vacía y no cabe una existencia separada del cuerpo del Leviathan– en lo que requirieran sus ataques puntuales. Las leyes, la política de precios, la interpretación oficial de los textos religiosos o el estigma moral servían al fin político de domesticar a quien ponía en entredicho al soberano. El enemigo caía abatido por las armas del derecho, la moral y la economía. Ahora, en cambio, los leviantes son muchos y, sobre todo, económicos. La rentabilidad se sirve de la moral y del derecho a sus fines de domesticación del trabajador. El estado de excepción permanente se ha desdoblado en miles de imágenes en el espejo. Ya no hay soberanía pues Creonte no decide por más que se empeñe en ser considerado quien gobierna. Ahora los creontes se multiplican y la excepcionalidad es permanente. El primero en dar la voz de alerta acerca de esta mutación es Walter Benjamin, quien señala que el pueblo está en excepción permanente. El estado de excepción está dentro del lenguaje de los dominadores¹⁵. La historia no es más que una sucesión de tinieblas y sus senderos son frecuentados por súbditos sumisos y mercaderes complacientes. La domesticación laboral del súbdito sin futuro alguno ha establecido la excepción permanente. Los mercaderes han reventado la casuística del “estado (militar) de sitio” de Théodore Reinach datada en 1885¹⁶. Toda la tipología del estado militar de sitio, el estado de paz, el estado de guerra, la dictadura comisarial y la dictadura soberana (poder constituyente), con sus sentidos político y militar, no dan cuenta ajustadamente de la versatilidad de la excepción permanente aportada por el mercadeo económico.

Además, la dificultad para oponerse a esta excepción permanente –advierde Valdecantos– se agudiza. Ya no queda apenas nada de aquel espacio del París pergeñado en 1860 para mayor control de los trabajadores que iban a impulsar la Comuna de París diez años más tarde. Marshall Bernan explicó cuál era el contexto político de

¹⁵ W. Benjamin, *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos* (traducción de Roberto Vernengo), Barcelona, Actiivities K Plantea D Agostini, 1986.

¹⁶ Th. Reinach, *De l'état de siège. Étude historique et juridique*, París, Cotillon-Pichon, 1885.

“El barro del macadam” del autor de *Las flores del mal*¹⁷. Charles Baudelaire, el maestro de Walter Benjamin, conspiraba entre las multitudes que construían barricadas de hasta el primer piso de altura de la Rue de Rivoli. Baudelaire ya había perdido la chistera mientras sorteaba a los tranvías para no morir atropellado. Con la chistera llena de barro, había perdido el prestigio y ya podía acudir a un burdel o unirse, sin la carga del prestigio, a la fusilería del pueblo. Pero, para entonces, París ya había sido dispuesto para que los cañones y el material militar pesado pudieran discurrir sin el estorbo de las sinuosidades del viejo París. La barricada típica de París en 1871, con los cañones protegidos por barreras de “*pavé*”, puede verse en este libro de Valdecantos. Pero estas amenazas no recuerdan más que el comienzo de un proceso histórico que el propio espacio de la protesta acabó deglutiendo. El coche y el televisor, como símbolos del bienestar, han evitado que se deambule por la nueva urbe. ¿Qué queda hoy fuera del castillo hogareño y su tentáculo vehicular? Al “*flâneur*”, que convertía al pasaje en un receptáculo agradable entre la calle y el hogar burgués, le ha sustituido el “*footing*” masivo en los parques. La calle se ha evaporado en la circulación rápida e intensiva. Cuando se produce alguna concentración –tiene razón Valdecantos–, ahora, no es más que representación, happening, de aquellas apropiaciones del espacio público. No se pretende conquistar la ciudad sino conseguir cuota de audiencia para la protesta. Reflejada en la pantalla, archivada en la televisión a la carta, la contestación se diluye. Vivimos la protesta como performance. En aquellas barricadas, la política imitaba a la guerra. Hoy la contestación es tan virtual como su represión. Valdecantos subraya que no cabe un estado de sitio real por dos razones: en primer lugar, porque hoy la guerra es electrónica, remota y no presencial –véase la proliferación de los drones–; y, en segundo lugar, porque los ataques son globales contra delincuentes que ponen en cuestión el modo de vida occidental y no a auténticos enemigos políticos. En el estado de excepción permanente actual se dispersa tanto la contestación como su persecución de imposible sostenimiento por un soberano representable. Valdecantos parece descartar otras opiniones que ven en “la guerra contra el terror”, intensificado tras el año 2001, un pretexto para el estado de sitio permanente contra un enemigo sin centro bien visible. De ser así, el estado de excepción político habría cambiado de forma. En la guerra fría, la persecución sería contra un imperio comunista bien visible; y, tras el 11 de septiembre, el control permanente sería respecto de un enemigo espectral –el rizomático terrorismo tan peligroso y enmascarado– susceptible de manipulaciones constantes. La paz, de ser así, podría coexistir con el estado de excepción política permanente contra enemigos muy versátiles. No se trata sino de una visión, esta última, que admite una convivencia, en vez de un reemplazamiento, de excepción económica y excepción política permanentes.

El capítulo “La excepción de los mercaderes” da cuenta de la sustancia dúctil y correosa del nuevo “ruedo” globalizado. Sólo existe normalidad cuando se da bonanza económica. La economía doméstica (la Casa, el Mercado) ha engullido a la Ciudad. De tal forma que se ha invertido el orden schmittiano: la política es un epifenómeno (muy terminal) de la economía mercantil. Los elementos militares y policiales, según Valdecantos, han sido inoculados al mercado. Aquí la coincidencia de las tesis críticas de Michel Foucault contra la “biopolítica de las poblaciones” con el certero

¹⁷ M. Bernan, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (traducción de Andrea Morales Vidal), Madrid, Siglo XXI, 1988.

análisis del mundo laboral elaborado por Valdecantos es grande. El nuevo Chronos ya no ve crecer y progresar al nacido –Hegel no nos vale–, el tiempo es Saturno devorando a cada uno de sus hijos. El trabajador no es sino el alimento del mercado. Es una máquina, un empresario que invierte sobre sí mismo, para estar indefinidamente preparado, y disponerse a todo. El primer rasgo del estado de excepción económica es la conversión de la “vida” en “organización biomecánica” –Foucault se refiere a la “biocracia”–. El segundo rasgo de esta excepción económica es la “competitividad irrestricta” que convierte cualquier acción vital no sólo en “conducta mercantil” sino en una movilización total del yo. La excepción económica permanente convierte la vida en un reto constante. “Para el trabajador de la Sociedad de Mercado, –señala Valdecantos– todos los momentos pueden serlo de auge porque cada uno de ellos habrá de ostentar cierto plusvalor respecto del precedente; el reto de no dejar escapar ningún instante proporciona el modelo de todo reto, lo que implica tomar el tiempo mismo como una concatenación de desafíos”¹⁸. Pero este reto carece de una pugna agónica personificada por contrarios o, incluso, enemigos. Se convierte en la persecución permanente de objetivos marcados por un “proyecto”. El Mercado puede prescindir de las bombas de racimo para la población masiva pues tiene la publicidad para bombardearnos a todas horas con los dichosos objetivos de intensificar el reto vital. Quizás pueda decirse, en la misma línea de Valdecantos, que Jacques Ellul ha definido el nuevo espíritu del 45 como un ascenso absoluto de la “movilización permanente” y la “guerra total”. Para vencer al nazismo militarmente, hubo que poner en marcha sus propios medios. El problema a plantearse es si la victoria fue pírrica pues vencerlo militarmente dejó una secuela política: la implantación de sus medios políticos en la esfera económica. La política, que no dejó de ser también una victoria económica, nunca desharía el camino recorrido –a finales de la II Guerra Mundial– ya en la conversión de lo social en una guerra permanente de todos contra todos¹⁹. La novedad propia del tardomodernismo es que ya no hay una personificación del mando soberano en el estado de excepción permanente económico y los soldados rinden pleitesía al mercado: Stalin, Churchill, Truman y Attlee no fueron –si Ellul lleva razón– sino los nuevos Creontes movidos por fuerzas mercantiles, pronto, no gobernables por el nuevo Estado social.

Valdecantos da cuenta de forma excelente de la implantación tardomoderna de una excepción permanente sin soberanía. Como señala Foucault al final del *Nacimiento de la biopolítica*, la sociedad moderna se instituyó bajo el *dictum* de que el propio lucro generaría la ganancia de todos. La mano invisible del mercado actuaría como la providencia que encaja y armoniza los intereses de cada uno en un todo. Al establecerse, entonces, el “laissez-faire” que dispone a cada cual a seguir su propio interés, el soberano de antaño quedó libre de conocer las entrañas de todo el proceso²⁰. Sin embargo, Foucault concede un papel más firme al Estado que Valdecantos en esta desregulación tardomoderna. Pues Foucault subraya que el Estado cumplió un papel importante en el allanamiento de cualquier resistencia u obstáculo que pudieran encontrarse los mercaderes en la obtención de la ganancia. Había que llevar al

¹⁸ A. Valdecantos, *op.cit.*, pp. 76-77.

¹⁹ J. Ellul, “¿Victoire d’Hitler?”, *Réforme*, París, Sábado, 23 de junio de 1945.

²⁰ M. Foucault, *Naissance la biopolitique. Cours au Collège de France, 1978-1979* (edición establecida por Michel Senellart, bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana), París, Seuil-Gallimard, 2004 (traducción de Horacio Pons, *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de Francia*, Madrid, Akal, 2009, pp. 276 ss.).

individuo disciplinariamente a su conversión en empresario de sí mismo. Se requería conducirlo a costearse las inversiones en formación, los gastos sanitarios y los propios seguros convenientes a estar preparado para cualquier encargo económico. Hay un reparto de papeles entre el Mercado (diseñador de las nuevas reglas de juego social) y el Estado (subsidiario pero muy importante). La conversión hegemónica del Mercado y la subordinación del Estado a los dictados mercantiles requirieron de un disciplinamiento y no fueron espontáneos. Jon Elster mismo ha señalado que, en el capitalismo, el Estado soporta, entre otros, un papel de pararrayos de las críticas que no se llegan a dirigir al Mercado²¹. Para Valdecantos, sin embargo, el soberano parece que se sacrificó a ser mero soporte del Mercado. Perdió toda su *auctoritas* rebasado sobradamente por la *potestas* del mercado. Tanto la jurisdicción civil como la jurisdicción eclesiástica fueron absorbidas por la *auctoritas* del Mercado. Pero su *auctoritas* no es la tradicional. Ahora, la Sociedad de Mercado se apoya en saberes prácticos y expertos que obran, nos dice, como augures nuevos.

4. Ulises contra las sirenas

Aunque yo siempre he oído decir a Antonio Valdecantos que, si estos son malos tiempos, nunca fueron buenos, ahora remarca, con mayor pesimismo, el momento presente como un tiempo especialmente siniestro en la historia de la emancipación. Subraya muy acertadamente que se desmontan los derechos civiles, políticos y sociales del pasado por basados, supuestamente, en un cálculo económico erróneo. Y, a su vez, se logró desarmar al yo tardomoderno de toda capacidad emancipatoria en su supuesta capacidad transgresora. El súbdito ahora es plástico y no resistente. Toda su dotación ilustrada del mundo se ha “desacoplado” del yo subordinado actual. La máquina de la locomotora del progreso se ve frenada y la emancipación aparece como un cascarón sin fruto. La melancolía de haber perdido la Comuna con la Restauración del Mercado deja inerte al súbdito actual. Sólo podemos repartirnos los despojos de la soberanía. Ya somos todos soberanos y ninguno verdaderamente poderoso. De manera que –aquí una de las tesis menos consoladoras de Valdecantos– la modernidad no nos aporta ningún futuro. El proyecto del transgresor batailliano y el callejón sin salida de la modernidad tardía coinciden en la ausencia de futuro: afirmar un yo lúdico sin planes es el reverso de la coronación de un presente sin futuro. La compulsión a reinventarse transgresoramente como yo sin acabamiento posible es el anverso del trabajo concebido como dispendio completo. Ya no hay trabajo como adquisición de oficio y futuro –el trabajo se dona gratuitamente– porque tampoco el yo puede ultimarse sino como esclavo y cautivo.

Sin embargo, no estoy seguro de que todas las aportaciones de la Ilustración sean tan baldías o ingenuas como su concepto de “emancipación”. Y, sobre todo, estoy seguro de que si hay alguna salida a la excepción económica permanente, que nos desactiva, lo encontraremos en el viejo jergón de la Ilustración y sus instituciones democráticas. Me parece que la izquierda puede encontrar en el “marco liberal democrático” soluciones a los excesos y los horrores capitalistas. No sé si “el capitalismo tiene sus siglos contados”, pero parece sobreponerse a los más tenaces anticapitalistas. Puede que una democracia de capitalistas con mayores cuotas de igualdad sea

²¹ J. Elster, *Una introducción a Carlos Marx*, Madrid, Siglo XXI, 1991.

una salida más viable que su revocación total. Las instituciones democráticas no son un fetiche, ni el Estado democrático es un estricto Estado burgués sólo ocupado de la reproducción de las condiciones de explotación burguesas, como pretende Žižek. Sus críticas a la implantación del estado de excepción económico permanente como forma de vida, infranqueable, si no se sale de este sistema capitalista, no son menores que las dirigidas a quienes sólo pretenden regular al capitalismo. Pero ¿acaso toda dominación es ilegítima en el capitalismo? Así lo cree Žižek. Su desmitificación de la violencia justifica la empleada por los oprimidos y condena cualquier normalización del Estado. Sus propuestas adolecen de irrealidad. ¿Podemos, pese al mal augurio de Žižek²², encontrar alguna salida a la excepción económica permanente dentro del sistema democrático liberal? ¿O acaso sólo cabe solución al horror permanente tras la superación de la violencia capitalista? ¿Y si no hubiera salida alguna y debiéramos aceptar el infierno permanente como ineludible? ¿No hay entonces Redención posible? ¿Toda iniciativa política no es más que bárbaro mesianismo? Sí se comparte el pronóstico más pesimista, en vez de un desafortunado optimismo, no hay que olvidar que Walter Benjamin revoca el materialismo pero quiere vencer al fascismo que aplasta a los oprimidos. El hombre más desolado y vulnerable de la tierra guardaba alguna esperanza política. Posiblemente sí tengamos que dar “pasos en el abismo” pues la “no acción” puede ser “desastrosa”. Pero el mantenimiento de la educación, la asistencia sanitaria y los servicios sociales, estoy seguro, pasan por reinventar nuevas soluciones inaceptables por la “vieja guardia” representada por este eslav. No me cabe duda de que Valdecantos posee una opinión muy formada sobre estos interrogantes.

¿Acaso toda presencia del Estado ha contribuido a fortalecer la excepción económica permanente? No lo creo así. Pero la reciente historia no alienta más que pesimismo tanto ante opciones revolucionarias como reformistas. Hace cien años, el desbocamiento económico y social europeo pudo ser embriado por las instituciones políticas de la democracia burguesa. Pero no fue así. Veamos. Las apreciaciones de Max Weber sobre los procesos de modernización jurídica se refieren más al Estado de Derecho que a la Constitución (pese a su compromiso con la redacción de la Constitución de Weimar, en concreto con la redacción de su artículo 41). Algo después de cien años transcurridos de las dos revoluciones burguesas, el gran maestro de la sociología comprensiva no duda en encuadrar al constitucionalismo, la burocracia y las grandes codificaciones napoleónicas bajo el proceso de hiperracionalización del mundo moderno. Weber consideraba que en la obediencia al derecho positivo, propugnada tras las revoluciones burguesas, existía una sumisión (acrítica) a la autoridad del derecho positivo. Pero era consciente de la seguridad y estabilidad que supone la modernización codificadora. La sumisión a las leyes no podía ser un imperativo moral pero constituía una necesidad para la salvaguardia de los tiempos modernos. Más valía someterse a la Constitución y al imperio de las leyes que dejarse llevar por los cantos de sirenas revolucionarios de uno y otro signo de locos, tan frecuentes en la república de Weimar. La crítica racional de cualquier imperativo social no era óbice para aceptar las bridas institucionales y no caer en la excepción permanente. Quizás porque hay conspicuos instigadores de la excepción permanente de todo tipo, el hombre racional y crítico debe aceptar la obligación de todos a la normalidad jurídica. Lo que pierde el hombre racional en libertad con la construcción

²² S. Žižek, “Un permanente estado de excepción económica”, *New Left Review*, nº 64, 2010, pp. 80-89.

pública, porque no la necesita, lo gana en seguridad, advirtió Spinoza²³. La actitud crítica pasa por sopesar la dominación legítima admisible. Pese al compromiso weberiano con su tiempo, la excepción jurídica se cumplió y el Reichstag acabó ardiendo. Las ideas de los teóricos son parches muy frágiles al signo de los nuevos tiempos. Apenas un papel de fumar para cortar los fuertes vientos de la tormenta.

Y, entonces, ¿hacia dónde vamos? Y, sobre todo, ¿qué podemos hacer ante tiempos tenebrosos como los actuales? Creo que Valdecantos podría invocar las dos actitudes morales tan diversas apeladas por Max Weber ante un presente tan estremeedor como el fin de la I Guerra Mundial: o el abandono de toda esperanza o la llamada heroica para conseguir lo posible mediante el intento, una y otra vez, de lo imposible. *La excepción permanente. O la construcción totalitaria* del tiempo no deja de poseer un aire weberiano, muy semejante a “La política como vocación” (1919)²⁴. Comparten compromiso, pesimismo y deseo de salir del “pozo de la desesperación”. La historia es un instrumento para comprender y hacerse cargo del presente tanto para Weber como para Valdecantos, por más que el paisaje político de uno y otro haya cambiado mucho. Quizás Weber, más que Valdecantos, apele a las instituciones de su época para ver alguna salida. En ambos caso, estamos ante textos que avisan a los ingenuos políticos —izquierdistas, principalmente— de la necesidad de la historia. Pero Weber no se quiebra ante la angustia y aquí sitúa, por difícil que sea, la “vocación” para la política. Queda este interrogante moral y político abierto en el texto de Antonio Valdecantos.

El otro rostro de Jano de la historia que Valdecantos narra es la Constitución. Valdecantos ha indagado con gran agudeza y penetración en los funestos deseos de la compulsión al cambio permanente en el sujeto histórico. Ha penetrado en la nefasta coincidencia de mercaderes y transgresores por volver al sujeto una sustancia plástica, fungible, bajo el prestigioso móvil de sacarlo de cualquier estado de normalidad. Y, en cierto modo, las instituciones con que contamos, hasta ahora, han fortalecido no sólo la dinámica sino también la estática histórica. La Constitución, las leyes, los plazos, los procedimientos, los contrapesos de poder, los vetos, los protocolos políticos, las costumbres han sido mecanismos históricos para enfriar las pasiones más destructivas de la historia. Los acuerdos prepolíticos constitucionales obran como el cierre terminante que un padre realiza a las infinitas preguntas de su hijo recién llegado a la vida, cándido y ávido de contestaciones. Llegados a un punto no caben los eternos cuestionamientos y el padre dice terminantemente “esto es así porque sí”²⁵. No faltan, ejemplos extraídos de la vida cotidiana donde es necesario el cierre de las deliberaciones y cuestionamientos infinitos. De la misma forma que el conductor de un coche da las llaves de su vehículo al copiloto y le prohíbe la devolución si le ve ebrio tras la fiesta obran los pactos prepolíticos. No cabe la deliberación y el cuestionamiento infinito de todo orden político sin colisionar en la historia. Es necesario pactar algún tipo de autoridad jurídica —así la Constitución— para evitar someterse a

²³ B. Spinoza, *Tratado teológico-político* (traducción, introducción, notas e índices de Atilano Domínguez), Madrid, Alianza Editorial, 1986; B. Spinoza, *Tratado político* (traducción, introducción, índice analítico y notas de Atilano Domínguez), Madrid, Alianza Editorial, 1986; S. Zac, *La morale de Spinoza*, París, Presses Universitaires de France, 1959 (3ª ed. 1972), p. 78.

²⁴ M. Weber, “La política como vocación”, *El político y el científico* (introducción de Raymond Aron; traducción de Francisco Rubio Llorente), Madrid, Alianza Editorial, 1967 (7ª. ed. 1981), pp. 79-179.

²⁵ J. Habermas, “El Estado de Derecho Democrático: ¿Una paradoja de principios contradictorios?”, *Tiempo de transiciones* (traducción de Rafael de Agapito Serrano), Madrid, Trotta, 2004, pp. 141-161.

una autoridad totalitaria. Autores tan diversos como Hayek o Elster han confiado en que los acuerdos prepolíticos –salvados de los estragos de una deliberación permanente por su establecimiento constitucional– sirven para evitar la algarada callejera que justificará, en última instancia, la llegada del dictador²⁶. Las teorías revolucionarias ilustradas no justificaron la apertura constante de un poder constituyente que obrara en una situación irrefrenable de excepcionalidad. Había que cauterizar el vicio de la “obsesión constituyente”. La construcción de la historia requiere del letargo del poder creador de la política. Los sujetos tienen futuro cuando su historia es una combinación prudente de adormecimiento y despertamiento. Creo que *La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo* participa de este dictamen. Pero no sé qué piensa Antonio Valdecantos acerca de la conversión de la política en mera contemplación de un mercado financiero globalizado. ¿Cabe todavía retomar la política para dirigir una economía desbocada?²⁷ Me gustaría saber, también, qué pulso le queda a las instituciones para dar un giro distinto a esta concepción totalitaria del tiempo, ciertamente, prevaleciente. Son las dudas de un lector ávido que está ante un pensador potente. Pero tampoco me cabe duda de que la única forma de no resultar pesado es plantear siempre las cosas sin pretender nunca acabarlas. La inteligente reflexión de Valdecantos, en cualquier caso, nunca decepciona y siempre promete.

²⁶ F. A. Hayek, *Los Fundamentos de la Libertad* (traducción de José-Vicente Torrente), Madrid, Unión Editorial, 1975); J. Elster, *Ulysses and the sirens. Studies in rationality and irrationality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, 1984.

²⁷ F. Vallespín, *El futuro de la política*, Madrid, Taurus, 2003.